

ALBERTO CARRILLO-LINARES (coord.). *La historia aprendida y enseñada. Reflexiones polifónicas*. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2015, 174 pp.

No es fácil encontrar un texto de las características del presente en la publicística española de historia o historiografía, o bien de las llamadas didácticas especiales. Dirigido en principio a un público especializado en la enseñanza de la historia, sin total exclusividad, pero muy claramente, contiene intervenciones diversas de profesionales de la misma materia que recuerdan, no tanto su propia experiencia como docentes e investigadores –lo que hubiera sido del mayor interés en caso de ser abordado con hondura-, sino más bien las enseñanzas recibidas por ellos mismos, el marco formativo y el contexto en el que se gestó su vocación.

Puede entenderse así que esas intervenciones, a las que el coordinador Alberto Carrillo-Linares dejó gran libertad de planteamientos, sean muy diversas tanto en su contenido como en su potencial alcance para quien se acerque a estas páginas. Con una presentación que organiza el conjunto lo más armónicamente posible –a cargo del coordinador-, y en la que se potencia, quizá forzándolo un tanto, el contenido “egohistórico” de los textos (un compromiso de este tipo, nada fácil de acometer en realidad, hubiera exigido seguramente mayor implicación de las y los intervinientes en cuanto al tipo de historia escrita o

realizada por ellas y por ellos), el texto en su conjunto tiene un alto interés por lo que recoge, una vez más, de la penosa trayectoria intelectual del franquismo. Una situación que, significativamente, la mayoría (aunque no todos) de quienes aquí escriben, recuerdan como plácida y satisfactoria, a pesar de las alteraciones de la vida académica por razones políticas, y en la que rinden un tributo notable a los maestros que fueron principales responsables de su formación.

Eso que llaman “currículum oculto” de toda formación intelectual y moral, con todo, aparece punteando muchos de estos ejercicios de autorreflexión, y –a mi juicio– acaso explica suficientemente el balance generalmente complacido de unas vidas entregadas a la enseñanza de la historia en contextos no especialmente favorables para lograr no ya la excelencia sino incluso la necesaria calidad en la preparación.

En este orden de cosas, son quizá las intervenciones de Ricardo García Cárcel (“Viejos y nuevos mitos”) y María Dolores Ramos (“Memoria y subjetividad: Historia contemporánea e historia de género, de ayer a hoy”), junto con la muy rica en contenido y excelentemente escrita y rotulada (“Clío y yo”) de Julio Anguita –el único de los invitados a este ejercicio polifónico que, a su pesar y como bien sabemos, no habría llegado a enseñar en la universidad-, las que más peso y ganas de seguir acaban por dejarnos tras la primera lectura del volumen.

Se hallan aquí, situadas por el orden sucesivo propio de las áreas de conocimiento respectivas, unas cuantas rememoraciones y experiencias vividas desde la Prehistoria y la Arqueología (Pilar León-Castro y José Luis Escacena), la Historia Antigua (Genaro Chic), Historia Medieval (María Isabel del Val), Historia de América (Enriqueta Vila), Historia Moderna (Ricardo García Cárcel), e Historia Contemporánea (Josep Fontana, María Dolores Ramos y José Luis Comellas). El coordinador les encomendó la tarea de revivir no solo su modo de enseñar, sino también –y ello arrastra el conjunto–, su aprendizaje, que algunos remontan, con indudable acierto, a la escuela primaria y la enseñanza media, siendo posiblemente mucho más impactante y decisivo su influjo si se cursó en la pública que en la privada –salvo en el caso de las madres dominicas de Isabel del Val–.

Y ahí reside posiblemente el mayor valor del conjunto, en esos recuerdos sobre magisterio y aprendizaje –en definitiva ejercicios de memoria sobre infancia y adolescencia–, que no abundan en la historiografía española, pero que empiezan ya a no ser excepcionales (así el hermoso libro de Carlos Barciela, *Recuerdos del Madrid de la posguerra*, 2013), y que hasta hace muy poco, venían necesariamente concretados en un solo nombre, puesto que se reservaban en exclusiva para el indefinido, pero obligado ejercicio de los *in memoriam*.

Es María Dolores Ramos seguramente quien mejor aborda aquí la cuestión de cómo articular lo público y lo privado en ejercicios de este tipo: el contexto social y familiar envolviendo su mirada de niña primero, y sus experiencias de adolescente universitaria después, siempre con el telón de fondo de la política, entre la represión llevada a cabo por la dictadura y la apertura de horizontes intelectuales y vitales después, con el descubrimiento del feminismo y la doble militancia, como *ciudadana-mujer*, y mujer historiadora, pues al tiempo se iría construyendo su trayectoria docente e investigadora. Su texto, excelente como repaso generacional a la introducción de los estudios sobre mujer y género en España (se hallan presentes todos los referentes científicos necesarios para esa comprensión), merece destacarse porque constituye por sí mismo un completo repaso al imponente esfuerzo del feminismo por “dar sentido”, como bien se ha dicho, “a lo que hasta ahí no lo tenía”, lo mismo en las ciencias sociales que en la historiografía.

El resto de los textos incluidos en el volumen, que se completa con la pertinente información sobre la vida académica de las autoras y autores que lo forman, no deja de aportar perspectivas variadas que serán sin duda de interés para la comunidad historiográfica, pero no solo para ella, pues trasladan formas y comportamientos relativos al magisterio y la discencia, en los que los coetáneos se

reconocerán también, en tanto que los más jóvenes encontrarán motivo posiblemente para la reflexión contrastada desde su propio presente.

Puesto que escribo estas líneas cuando acaba de desaparecer Josep Fontana, un historiador tan influyente durante tanto tiempo entre nosotros, rescataré del total también su aportación, y tomaré del que sería uno de sus últimos escritos (pp. 131-142) la manifestación a mi modo de ver más clara –una línea que en el fondo recorre buena parte de las “confesiones” aquí reunidas– de la creencia en el valor relativo de la educación, por mejor decir: de la *mala* educación recibida bajo la dictadura: “Me eduqué durante el franquismo”, comienza su relato Fontana, “pero como la mayoría de la gente de mi generación, salí inmune de la enseñanza de la historia que el régimen pretendía imponerme”.

Entendido este aforismo no en la vertiente escéptica que podría otorgársele –en cuanto al valor absoluto de todo sistema escolar–, sino en sus términos estrictos de confianza en la libertad y capacidad del ser humano para escapar a la desinformación y las prácticas sociales inconvenientes, sean del tipo que sean y ocurran cuando ocurran, valga ahora también la conclusión animosa del propio

Fontana, que cierra el texto invocando algo que en su momento le advirtiera pesaroso su maestro Ramón Carrande, convencido de que los españoles sabemos y leemos poca historia. Y así, ojalá que la reflexión compartida sobre los usos de la historia a la que invita este libro, como acaba diciendo Josep Fontana, “sirva para enseñar a discurrir a los españoles, con el fin de que, discurriendo, consigan finalmente remover lo mucho que conviene remover de esta sociedad en que vivimos.”

Finalmente, diré que combinar este tipo de relatos con aportaciones analíticas sobre los desarrollos propios de la historiografía de posguerra, como vienen haciendo desde hace años, entre otros especialistas muy significadamente autores como Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, aumentará sin duda su interés específico, pues permitirá contrastar y objetivar comparativamente el carácter por fuerza subjetivo, mas indudablemente auténtico y verdadero, de los recuerdos y valoraciones sobre la enseñanza recibida en las aulas que el coordinador de este volumen, Alberto Carrillo-Linares, ha conseguido fijar sobre el papel.

Elena Hernández Sandoica  
Universidad Complutense de Madrid